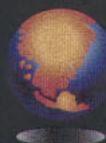


PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



HERNÁN MILLAS

Hernán Millas (1985):

LA BUENA MEMORIA DE UN SEMISERIO

—Hernán ¿por qué no aprovechó para decir lo que piensa? —le preguntó con extrañeza el ministro de Educación, Sergio Gaete.

—Porque sería de mal gusto. Si estoy en su casa tengo que respetarla. No hablé nada de la dictadura, ya que entre las nociones de ética están las buenas costumbres y una de esas es ser tolerante con el adversario —contestó caballeramente el homenajeado.

El ambiente era tenso ese 24 de agosto de 1985 en el salón de honor del ministerio de educación. Se premiaba a un fuerte opositor al régimen militar. Hernán Millas se acercó al estrado. Desde el público lo observaban quienes votaron por él: Ignacio González Camus, presidente nacional del Colegio de Periodistas; el representante de los consejos regionales, Wladimiro Martinic; el de la Sociedad de Escritores de Chile, Guillermo Trejo y María Eugenia Oyarzún, del Consejo de Rectores.

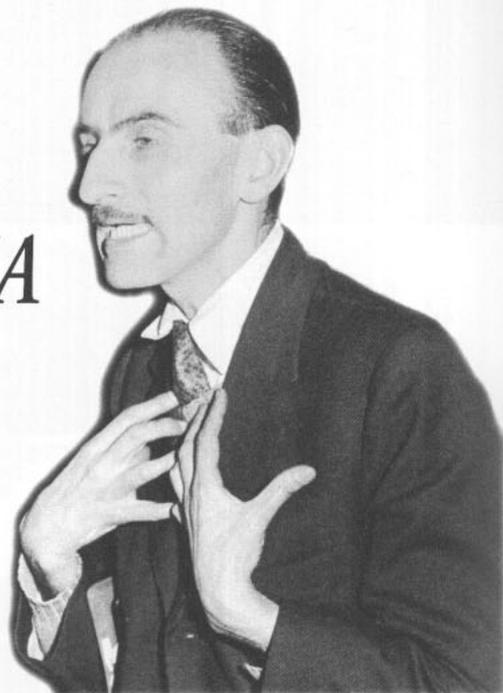
Todos, especialmente el ministro, temían que Millas aprovechara la oportunidad para manifestar su disidencia. Pero para sorpresa de quienes no lo conocían bien, solo

pronunció palabras de agradecimiento hacia quienes lo ayudaron a formarse: su padre, el periodista Columbano Millas y los ‘maestros’ Lenka Franulic, Joaquín Edwards Bello y Luis Hernández Parker.

El galardón (en mención crónica) se le otorgó en mérito a su larga trayectoria y «a su aporte estilístico, marcado por el sello de la originalidad y el ingenio» y «por su versatilidad temática para enfrentar diversos tópicos de la actualidad nacional».¹

El homenajeado aprovechó la ocasión para enviar a través de los medios un consejo a los nuevos periodistas: «No enamorarse del dato que reciben, ya que puede estar equivocado o tener errores. Es importante investigar porque el gran reportaje será aquel que no solo diga cosas, sino que además sea indelible».²

Los ojos vidriosos se escondían detrás de los cuadrados y grandes lentes que jamás lo abandonan. Noble, como siempre, se retiró de la ceremonia con orgullo en el pecho y llevando en la memoria a todos sus antepasados.



RAÍCES

Castizos ancestros que se remontan a Emiliano Millas Yáñez, abuelo de Hernán, ingeniero de la Universidad de Chile y profesor de matemáticas en el Liceo de Talca. Allí contrajo matrimonio y concibió cuatro hijos de apellidos Millas Argomedo: Luis, Eduardo, Raquel y Laura. Después de la muerte de su primera esposa, Emiliano se casó con Amelia Recabarren León, abuela de Hernán y madre de Emiliano, Amelia, José Manuel y Columbano.

A mediados de 1910, en Santiago, Columbano conocería a Laura Correa mientras paseaban en el entonces aristocrático barrio Brasil. Hija de Onofre Correa y Rosa Aurelia Merino, Laura había nacido en Curicó: «En esa época la gente de Talca y Curicó se llevaba mal. Eran rivales, así que tuvieron una relación a lo *Romeo y Julieta*», recuerda Hernán Millas.

A solo un año del cambio de milenio, Hernán Millas, quien comenzó escribiendo en una máquina Remington y que con temor pasó a las eléctricas Olivetti, tuvo que aprender un nuevo lenguaje: el de los bytes.

Indiferentes a las disputas provincianas, el joven Columbano, de treinta años y Laura, de veintisiete, decidieron casarse en 1917 y al año siguiente, el 14 de diciembre, nació su primogénito, Orlando. Tres años después, el 5 de mayo de 1921, lo hizo Hernán y, luego, Guillermo (1924), Carmen (1926) y Renato (1931). Todos llegaron al mundo en la casa de Domeyko «en la cuadra ciega que da a Avenida España».³

Columbano era hombre de letras. A principios del siglo pasado trabajó en el recién creado *El Mercurio* y en 1915 fue contratado como subdirector a cargo de los servicios informativos del periódico *La Mañana*. También se desempeñó en el ministerio de Guerra como jefe de sección y, a la vez, secretario de los ministros. «Él fue sometido a proceso en relación con esas funciones y sacó un libro altivo y polémico que tituló *Los secretos que divulga un secretario de los ministros de guerra*», relata su hijo Orlando en *Memorias*.

El dilatado proceso —duró nueve años— comenzó cuando Columbano pidió un sumario administrativo del ministro, por favorecer a un caudillo político. «Para mantener el hogar, mi padre vendió una propiedad en la segunda cuadra de la calle Lira, donde vivíamos». Tras la elevada indemnización dictada por los tribunales, disfrutaron de mayor holgura.

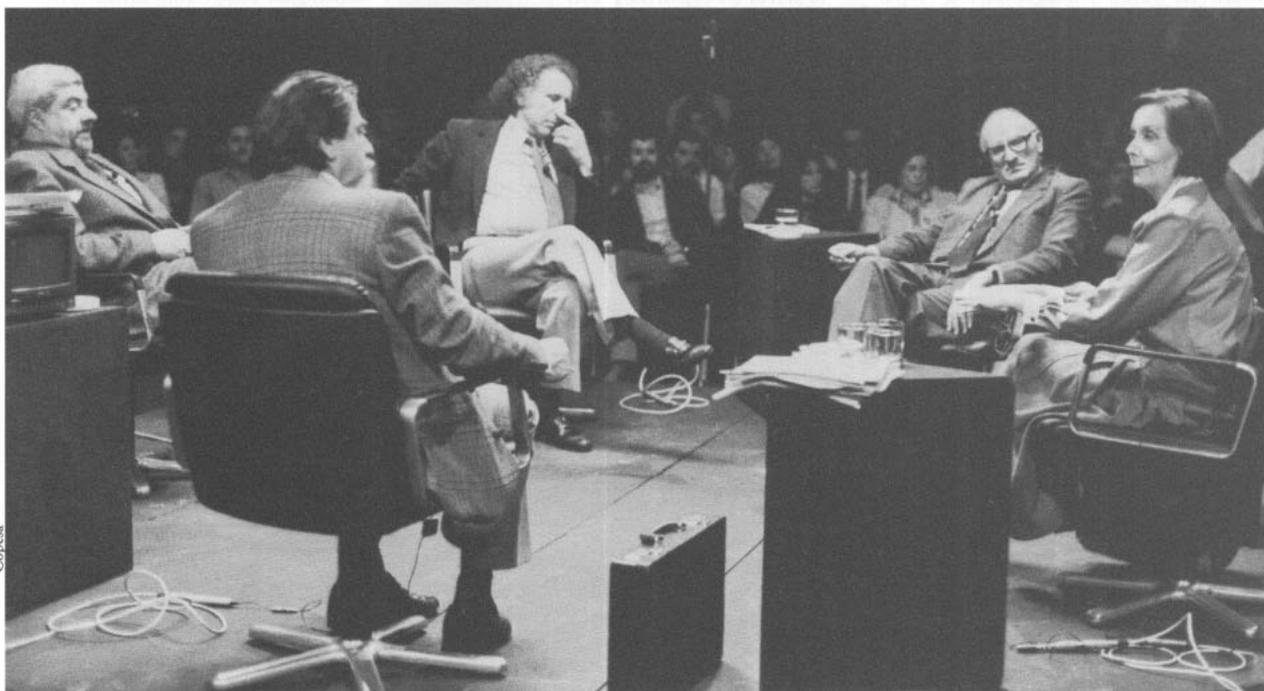
Hernán tenía nueve años cuando su numerosa familia se mudó a Magallanes. Monseñor Arturo Jara Márquez, obispo de la diócesis, necesitaba a un buen periodista que se hiciera cargo del diario *La Unión*, propiedad de la Iglesia local. «Rápidamente se organizó el viaje, en ferrocarril hasta Puerto Montt y desde allí en el vapor Alfonso, a Punta Arenas».⁴ Los esperaba una casona de dos pisos, en cuya planta baja funcionaba el periódico y en la superior, a la usanza de la época, vivía la familia: «A nuestros dormitorios subía el ruido de las linotipias del

taller y luego el galopar de la prensa. Cuando esta ya callaba, en el sueño nos decíamos: el diario ya está listo. Y, al irnos en la mañana al colegio, en la mesa del comedor, acompañando el pan fresco, estaba el ejemplar».⁵

AL ALERO DE LA DIÓCESIS AUSTRAL

Como los recursos eran escasos y poco el personal, Columbano escribía muchas de las páginas del periódico, utilizando simultáneamente los seudónimos de Gaspar Gil, Disraeli y Mister John, entre otros.⁶

En Punta Arenas vivieron el fallecimiento, a pocas horas de nacer, de un nuevo hermano, José, enterrado en el mausoleo de la Cruz Roja. Entonces los dos mayores estudiaban en el colegio San José de los Salesianos, donde al primero ya se le notaba su espíritu revolucionario —de adulto fue comunista y dos veces ministro de Allende—. En las mañanas de



Copesa

Hernán Millas con los integrantes de *La manivela*: Jaime Celedón, Julio Jung, Nissim Sharim y Delfina Guzmán.

invierno, cambiaban el calor de la salamandra por la nieve y la ventisca para volver a encontrar la tibieza de la sala de clase, a cuadra y media de la casa.

«La infancia puede determinar el afecto a una ciudad. Si siempre quise a Punta Arenas fue porque allí mis hermanos y mis padres fueron felices. Era entonces una pequeña localidad, Babel europea, distinta a todas las demás del país, porque croatas, británicos, suizos, italianos, griegos, alemanes, austríacos y españoles se habían instalado a vivir allí (...)llegaron a formar el 40% de la población (...) Ciudad interior, refugiada del frío junto a salamandras y chimeneas, asumía la convivencia como un atributo».⁷

Las tardes de los viernes un barco procedente de Buenos Aires o Valparaíso les traía el mundo mágico de la lectura: las revistas *Billiken* y *Patoruzito*, y del centro del país, *El Peneca* y *Don Fausto*. En las vacaciones, el panorama era la travesía a Santiago, primero en barco y luego en los viejos trenes con sabor a humo, en coche dormitorio. Compartieron uno de esos viajes con Pedro Prado, quien le regaló a Hernán un ejemplar de *Alsino* con la dedicatoria «A un niño magallánico que también quiere volar».⁸ Ya enamorado, el adolescente se deslumbró con cada una de las hijas del escritor.

En 1931, tras cumplirse el contrato y por la delicada salud de doña Laura, la familia regre-

só a Santiago. El crudo invierno del año siguiente terminaría de debilitarla. Laura Correa nunca se recuperó de su último parto. «Ese año hubo una epidemia de gripe. Ella se paseaba por las piezas atendiendo a sus hijos contagiados. Seguía amamantando a Renato y no se cuidaba del frío hasta que se enfermó. Falleció para el día de las Cármenes, el 16 de julio. Tenía treinta y seis años», concluye con pesar Hernán.

Al volver a Santiago —tras un breve periodo de residencia en Talca donde Columbano fue corresponsal de *La Nación*—, los niños ingresaron al Instituto Nacional. Allí Hernán aprendió a amar a los escritores rusos y tuvo la suerte de tener un profesor «como el inolvidable nicaragüense Francisco Guerrero, quien me ayudó a leer con afecto *El Quijote*».⁹

Como para Columbano era muy difícil hacer de padre y madre a la vez, luego de un par de años de la muerte de su mujer, se casó con Jenny Lawson Ríos, quien le daría su séptima y última hija: Dolly.

En esos años residían en la comuna de Providencia, en una de esas casas quintas llenas de árboles, frente a la Iglesia de la Divina. «Nos llevábamos bien y vivimos allá hasta 1937, cuando a mi padre le dio un infarto al corazón y murió», recuerda el periodista. Junto al dolor vinieron las vacas flacas y debieron trasladarse a la comuna de La Cisterna, junto a su abuela materna y dos tías solteras, Teresa y Aurelia; la última, madrina de Hernán. Este se cambió al Liceo Balmaceda, que era nocturno, para ayudar al sustento familiar.

CON LA TINTA EN LA SANGRE

—Joven ¿para adónde va? —preguntó un carabnero.

—Voy al Seguro Obrero —respondió con tono tranquilo Hernán Millas, el 5 de septiembre de 1938.

—Tengo una reunión con don Pedro Lira, el director, y vengo atrasado.

—Es mejor que se vaya olvidando de eso. Unos estudiantes se tomaron el edificio y la fuerza pública tuvo que actuar. Hay varios heridos.

Con el paso de los años, recuerda con humor cómo se libró por un pelo de la fatídica Matanza del Seguro Obrero. «Le rindo homenaje a la impuntualidad, porque me salvó la vida esa vez», comenta entre risas. Finalmente, en la calle Agustinas, entre Teatinos y Morandé —actual edificio del diario *La Nación*— ingresó



Recibiendo el Premio Nacional de Periodismo. Lo saluda el ministro de Educación de la época (1985), Sergio Gaete.

al departamento de Relaciones Públicas del Seguro Obrero, que cambió de sede después de la tragedia.

Recién egresado del colegio, Hernán pensó en estudiar Derecho, la carrera tradicional. Dio el bachillerato y entró a la Universidad de Chile. Sin embargo, la tinta fluía en su sangre y solo necesitó nueve meses para comprender que quería ser periodista, como su padre.

En 1942 dejó de lado sus temores y resolvió hacer los méritos para incorporarse a la revista *Ercilla*. Durante un semestre debía participar de las pautas y hacer reportajes. «Cada vez era más difícil. Hasta que me tocó la prueba de fuego», relata.

Le encargaron entrevistar a Jorge Negrete, en esos tiempos el actor y cantante mexicano más popular. Este llegó exhausto un sábado a Santiago y solo accedió a conversar con la prensa el lunes a las siete de la tarde. Hasta entonces se alojaría en la casa de un amigo, Víctor Panayotti, representante de la línea de maquillajes Max Factor en Chile. Millas debía conseguir esa entrevista de inmediato, ya que *Ercilla* salía a la venta ese lunes.

El desafío era casi una cuestión de amor propio para Hernán y su fotógrafo Heliodoro Torrente (Premio Nacional 1957, mención fotografía). El artículo estaría en los quioscos el lunes sí o sí. Además, el director Julio Lanzarotti le pidió una exclusiva.

«En ese tiempo, junto al periodista Rafael Otero, hacíamos los libretos de teatro a la radio *Prat*. Uno de los actores era sobrino de Panayotti, por lo que lo llamé:

—¿Sabes?, en todos los periódicos

aparece que Negrete se va a alojar en la casa de tu tío —dijo con astucia.

—Sí, pero a mi tío lo tiene sin cuidado, a él no le gusta figurar —le respondió.

A través de su fresca pluma ha dado cuenta de pasajes de la historia, los que son recreados por medio de anécdotas y diálogos.

—A lo mejor a él no le interesa, pero representa a Max Factor y a la empresa le debe importar que se diga que Jorge Negrete va a alojarse en la casa de uno de sus gerentes. Pregúntale a tu tío si me da una entrevista...¹⁰

Así consiguió la entrevista con Víctor Panayotti y, de paso, algunas declaraciones del cantante mexicano que, envalentonado con algunos tragos de más, fanfarroneó a lo mero macho y contó su vida y milagros e, incluso, hasta hizo una demostración de tiro «porque yo soy el que mejor dispara en Michoacán». Ese fue su primer golpe al resto de los medios noticiosos. El artículo es citado en el libro *Periodismo Interpretativo*, de Abraham Santibáñez, quien confiesa haberlo incluido, no solo por su calidad, sino también por la rapidez con que se hizo.

Ya iniciado en el periodismo, Hernán contrajo matrimonio al año siguiente con Marcia Navarrete, una joven estudiante de teatro. Con ella tendría dos hijos: Patricio (1944) y Marcia (1946), a quien le dedicó su último libro, *La buena memoria*: «A mi hija Marcia, que durante 22 años me acompañó y a quien la Buena Memoria me la trae cada día».

Y es que Marcia falleció muy joven. «Se había casado hacía poco más de un año y estaba con cuatro meses de embarazo. Una noche invitó a cenar al padre que los casó, Raúl Hasbún. Preparó una entrada de locos. Al final de la comida, se sintió mal. La llevaron de urgencia a la Clínica de la Universidad Católica, pero los mariscos ya habían intoxicado su cuerpo. A nadie más le pasó nada. Ella no pudo resistir. Murió esa misma noche», relata su padre.

Mucho antes de ese episodio el primer matrimonio de Hernán Millas había fracasado: duró quince años y él culpa de su quiebre a la profesión de ambos: «Trabajábamos todos los fines de semana y eso afecta a una familia. Además, como mi mujer era hija única, fue muy consentida y, con lo del teatro, llegaba muy tarde a la casa». De improviso, Marcia se fue al extranjero a proseguir su carrera, mientras Hernán asumía el rol de padre y madre.¹¹

DE *ERCILLA* AL *CLARÍN*: 'LAS DOS CARAS DE LA MONEDA'

En la antigua *Ercilla* se formó como profesional. Allí también trabajó con otros grandes del periodismo como Luis Hernández Parker y Lenka Franulic. Hernán dice haberse incorporado muy pronto al 'lenkismo': un sentimiento de simpatía y admiración por esa extraordinaria mujer.¹²

En 1951 su prosa ya se distinguía: obtuvo el primer lugar en un concurso de teatro experimental con *El invitado que viene de lejos*. «Por broma, hicimos una apuesta. Solo quedaban quince días para el cierre de la competencia. Me puse a escribir, escribir,

escribir... Entregué el texto y gané. Ese libreto se ha puesto en escena en Chile y Argentina», cuenta el autor.

También desarrolló su carrera en la radio, principalmente junto a Rafael Otero. A comienzos de los 50 ellos habían notado una falencia en el periodismo radial: todos los programas eran de carácter informativo. «De interpretación no había nada, excepto algunos intentos de Victoriano Reyes —otro Premio Nacional de Periodismo— en la *Cooperativa*. Incluso en las emisoras chicas se leía el diario. Entonces propusimos a la misma radio hacer el programa Reportaje, tres veces por semana: duraba una hora y llegaba a todo Chile. Fue un exitazo, pero solo estuvo tres años al aire», comenta Millas.

En aquellos tiempos Hernán había dejado *Ercilla*, «porque la compró un grupo muy de derecha». Pero caminando por la calle se topó con una nueva oportunidad: «Me encontré con Bernardo Leighton. Era abogado del sindicato de trabajadores de *El Imparcial*, un periódico de derecha que murió al fallecer los dueños. Como existía una ley que exigía a las empresas periodísticas sacar una edición al año o si no se les quitaba el nombre y aumentaban los impuestos, me propuso que si le llevaba una revista la imprimiría gratis. Formé el equipo enseguida y sacamos *Entretelones*». Fue una publicación audaz, como ha sido siempre su estilo: «Con las confesiones de Galeacci Lizzi, médico de Pío XII, un Papa que murió de hipo, se nos agotaron 50 mil ejemplares antes de mediodía.

En total vendimos 220 mil copias». ¹³

En su nueva aventura Millas se llevó a su colega Rafael Otero, «quien tuvo muy malas relaciones con otro periodista de *Entretelones*, se armó el cortocircuito y murió la revista», confiesa.

Su situación personal era difícil. Tenía a su cargo dos hijos y estaba pensando en casarse otra vez, ahora con Vilma Johns, una norteamericana que le daría dos niños más: Daniela, en 1968, y Cristián, en 1970. Por eso aceptó la invitación de Alberto Gato Gamboa, quien le propuso trabajar en *El Clarín* (matutino popular de marcada tendencia izquierdista), a pesar de que Millas había tenido un *impasse* con su dueño, Darío Saint Marie, Volpone.

«Yo había hecho que lo declararan reo, porque junto con Lenka Franulic nos acusó de compañeros de ruta de los comunistas, lo que era un delito en tiempos de la Ley de Defensa de la Democracia», recuerda.

Escribían entonces en el diario

Ricardo Boizard, Tito Mundt, Sergio Carrasco, entre otros. Millas pensó que sería una buena idea crear una columna con las infidencias de los reporteros de gobierno. «Se me ocurrió hacer Las dos caras de la moneda», agrega. Al principio en forma anónima, para no tener problemas con el director y con la protección de su amigo Gato Gamboa. Sin embargo, el éxito y la calidad de la columna intrigaban a Saint Marie, quien obligó a Gamboa a revelar el nombre de su autor. Reconociendo su talento, Darío contrató a Hernán Millas. Para retribuir el gesto de confianza, junto a Lenka Franulic retiraron la querrela en su contra.

Millas siempre ha sido un irreverente, aunque con un guiño en el ojo, sin olvidar el humor. A raíz de esa columna, recuerda haber sido relegado por cien días a Chanco, Séptima Región. «La esposa de un funcionario agredió a carterazos a una secretaria, a quien creía vinculada sentimentalmente a su marido. Lo mencioné porque en esos días, el ministro, Enrique Ortúzar, encabezaba una campaña de moralidad. El exigió que diera a conocer el nombre del funcionario, y cuando me negué se querrelló contra mí por la Ley de Seguridad Interior del Estado».

Posteriormente, la relación con Volpone mejoraría: «Lo consideraba una persona extraordinaria, de una cultura muy amplia», hasta que la línea editorial del diario se fue radicalizando, lo que suscitó nuevos choques. En tanto, Emilio Filippi, designado director de *Ercilla* en 1967, invitó a participar de esta nueva eta-



Con Juan Hamilton, Bernardo Leighton y Francisco Aylwin.

pa a Millas. Para que mantuviera un vínculo con *El Clarín*, Saint Marie le pidió a Hernán que continuara con una columna, con temas casi siempre internacionales, pero éste declinó la propuesta: había aspectos del tabloide que rechazaba, como el apodo de La señora, que le había dado Volpone al ex Presidente Jorge Alessandri por ser un soltero empedernido.

Millas volvía a su primera casa, *Ercilla*, a principios de 1967. Saint Marie no quería dejar ir el talento de Hernán. Al año siguiente le prometió «no hablar más de señoras», instándolo, además, a que escribiera una columna.

«Esa redacción fue más humorística. El ministro de Economía de la UP, Pedro Vuskovic, decía que la escasez de pollo era psicológica, porque a todos les había dado por comerlo. Pero la verdad era que las dueñas de casa debían inscribirse para recibir un pollo dos o tres meses después. Entonces relaté qué debían hacer las señoras mientras esperaban. Ese artículo significó que *El Clarín* pusiera una pizarra con la prohibición de entrada a Román Alegría, quien hacía los comentarios editoriales, y a mí, por traidor a la clase popular», recuerda con gracia Millas.

Paralelamente, tomó las riendas, en 1968, de la tradicional revista de humor político: *Topaze*. Allí formó equipo con Eugenio (El paco) Lira Massi, María Eugenia Oyarzún, Igor Entrala, el dibujante Hernán Vidal (Hervi), entre otros. En ese periodo Millas se ganó el apodo de La vieja. «Le decíamos así porque era súper copuchento», cuenta su colega María Eugenia Oyarzún. «Algunas veces íbamos al bar Il Bosco y nos poníamos a conversar hasta las tantas», agrega.

La permanencia del periodista en *Topaze* fue corta, «solo un hermoso año». Un desacuerdo con el propietario de la revista, Pablo Gumucio, provocó la salida del director y el ocaso del semanario. «En esa época vino una cita en Punta del Este donde Lyndon Johnson, Presidente de Estados Unidos, iba a finiquitar la Alianza de las Américas. Uno de los redactores se imaginó a Sudamérica como a una muchachita con trenzas, al lado de un árbol, luego de ser abusada por Johnson, quien, mientras se abrochaba el pantalón, le decía: 'Mijita, no se preocupe, para la próxima nos casamos'. El representante de Gumucio me espetó que eso no podía ir: el dueño tenía intereses con una empresa americana. Le dije que aparecía igual, aunque me pidiera la renuncia. Tuvimos que llevarla escondida a la calle. Al final salió y yo con ella de *Topaze*», afirma el periodista.

EL TERCER OJO DE UN REPORTERO

A principios de los 70, Millas era editor de reportajes especiales y columnista de la revista *Ercilla* y director de prensa de radio *Santiago*. Allí conoció a su actual esposa, Trinidad Melo, quien le dio tres hijos más: Felipe, Rodrigo y Cristóbal.

A través de sus crónicas nacionales o de su columna de opinión en la revista —Semi-Serio— dio cuenta y criticó la situación que estaba viviendo Chile. «La idea del Semi-Serio fue mía. Toda broma tiene algo de cierto y el humor es la mejor forma de reflejar la realidad», explica.

Un año antes del Golpe Militar todos predecían lo que pasaría en el futuro. En una de sus columnas, Sea usted su propio pitoniso,¹⁴ Millas

dio varios consejos para augurar con acierto lo que sucedería en el país: pronostique un Golpe de Estado en algún país de América Latina; asesine a algún político, son tantos que no fallará, y crisis política interna, entre otras. Más que adivino, este perceptivo reportero supo interpretar con agudeza los signos respecto a los sucesos que afectarían a Chile.

CUANDO SE DIVIDIERON HASTA LAS FAMILIAS

Aquel jueves de julio de 1973 se comenzaba a grabar en los estudios de *Televisión Nacional* el programa Reunión de Prensa, conducido por los periodistas Carlos Jorquera, Augusto Olivares, Julio Lanzarotti, Luis Hernández Parker y Emilio Filippi. Esa noche el invitado era el militante del Partido Comunista y ministro de Hacienda: Orlando Millas.

Emilio Filippi le preguntó al entrevistado antes de comenzar la grabación:

—Oye, Orlando, ¿te has preocupado de lo que le ha pasado a Hernán?

—Me han dicho que está preso—, respondió aquel en tono desinteresado.

—Pensé que si tu hermano estaba detenido, te afectaría más.

—Si está preso, por algo será—, sentenció con voz firme el mayor de los hermanos Millas Correa.

En la radio *Santiago* Hernán había emitido una noticia acerca de la marcha de los mineros, a pesar de las peticiones de La Moneda para que no se divulgara. Entonces, el Intendente ordenó su detención por causar alarma pública. Personal de Investigaciones llegó a eso de las ocho de la noche al edificio de la radio, en Agustinas esquina de San Antonio, y tomó preso a Millas. «Pasé la noche

La hoyocología

Con bastante beneplácito se recibió la noticia de que serán erradicados todos los hoyos de las calles.

Un funcionario municipal expresó que la medida se retrasó debido a dos factores.

—Se estimó conveniente —dijo— que finalizara el mes de la montaña, ya que algunos hoyos, como los del Paseo Ahumada, servían para el entrenamiento de los andinistas novatos. Varios de ellos estarán ahora en condiciones de escalar el Tupungato y el Ojos del Salado.

—¿Y la otra razón?

Los importadores de autos japoneses querían terminar un estudio acerca de su resistencia a los hoyos santiaguinos. Se ha podido comprobar que el tren delantero y el diferencial, especialmente, les aguantan hasta un mes y medio, lo que es mucho.

Extracto de la columna SEMISERIO, *Hoy*, 21 al 27 de septiembre 1977.

en el cuartel de Investigaciones, frente a la ex cárcel, en un calabozo muy frío, sin cama ni nada con qué cubrirme», comenta.

Curiosamente no molestó a su hermano ministro: «Los dos éramos muy unidos, pero teníamos diferencias políticas y nunca se me hubiera ocurrido pedirle algo a él». El encarcelamiento duró solo una noche, ya que sus compañeros de trabajo presentaron un recurso de amparo y salió al día siguiente en libertad. Tras el hecho, Millas se querelló en contra del Intendente, proceso del cual desistiría una vez implantado el régimen militar. «Le dije a la ministra que llevaba la causa que retiraba los cargos, porque si bien yo había pasado una noche terrible, si a él lo tomaban preso en esas circunstancias, en pleno estado de emergencia y con detenciones masivas y asesinatos de reos, quizás qué le iban a hacer».

En la semana del Golpe, *Ercilla* tituló en portada La infiltración comunista,¹⁵ augurando una masacre en manos de guerrilleros rojos y una inminente guerra civil. En la edición siguiente no apareció Semi-Serio; los ánimos no estaban para humor. «Todo era preferible a la violencia que hubo», relata el reportero. Sin embargo, Hernán Millas escribió poco después una columna en la que igualó un viaje realizado por él en 1956 a Egipto, con el «tour Tomás Moro-Chañarcillo», en alusión al hogar del depuesto Presidente, Salvador Allende.

En ese viaje había visitado el fastuoso castillo del rey Farouk. A su juicio, ambos destinos tenían mucho en común, «salvo —en atenuante de Farouk— que él no se proclamaba revolucionario ni decía que 'la violencia es que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una

parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan ni siquiera de un sitio': violencia es que mientras unos botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse».¹⁶

Después de unos días, la posición de Millas y Filippi se desradicalizó. «Que alguien tuviera una colección de vinos no era tan terrible», comenta hoy. Más de veintiséis años después del Golpe y con una visión más amplia, ahora dice que no volvería a escribir lo mismo. «Estábamos con una adrenalina muy profunda y confiados en que existía casi una guerrilla. Luego, investigando, fuimos conociendo la realidad».

Lo que sucedió después del 73 en el país es historia. Los artículos de Millas son un vistazo al acontecer de Chile a través de las páginas de *Ercilla*, comentarios que sin imaginarlo le permitieron publicar uno de sus primeros libros, *Anatomía de un fracaso*, junto a Emilio Filippi.

A raíz del Golpe, *Zig-Zag*, dueña de *Ercilla* en ese periodo, pidió a Emilio Filippi la elaboración de un suplemento sobre el Gobierno de Allende y la UP. Aquel le solicitó ayuda a Millas. «Interesaba mucho más el estilo de Hernán que el mío. Lo ameno del libro es obra de él. Es una prosa suelta, fresca y eso le dio mucha gracia, porque era un tema duro», recuerda Filippi.

Por el apuro cometieron un error que hasta el día de hoy lamentan. A la sala de reuniones de *Ercilla*, donde se juntaban a discutir los temas del libro, los llamó Federico Willoughby, asesor comunicacional de la Junta de Gobierno. Les reveló que sus nombres estaban en el Plan Z, estrategia que habría tenido el Gobierno de la UP para asesinar a varios opositores.

«Nosotros lo creímos y pusimos

en el libro. Después descubrimos que era una soberana mentira fabricada por la DINE, la Dirección de Inteligencia del Ejército», recuerda apesadumbrado Emilio Filippi.

OTRA VEZ OPOSICIÓN

Como otros periodistas, Millas fue llamado por la recién instaurada Junta del gobierno militar para que fuera agregado de prensa en el lugar del mundo que él eligiera. «No acepté, porque nunca he trabajado con ningún gobierno. Además, habría sido de mala clase, porque mi hermano Orlando era perseguido por la policía, por lo que tuvo que irse al exilio».

Muy pronto el equipo de *Ercilla* comenzó a darse cuenta de las violaciones a los derechos humanos del gobierno del general Pinochet, pero en esta oportunidad no podían publicarlo. La censura era algo con lo que se vivía día a día. Páginas en blanco, querellas y amenazas hacían del periodismo una odisea. En 1977 *Ercilla* fue comprada por el grupo Cruzat Larraín, partidario del régimen de Pinochet. Emilio Filippi, quien llevaba nueve años como director, presentó su dimisión: «Conmigo renunció todo el equipo y uno de los primeros fue Hernán. Nadie dudó en hacerlo, porque creíamos en un sistema democrático», relata Filippi.

Incluso uno de los dueños le propuso a Millas que se quedara, «con un gran sueldo, tomando el cargo de director. Pero yo le dije que con Emilio había llegado y con él me iba», explica.

De ahí en adelante el antiguo *staff* de *Ercilla* cambió su dirección de Quebec 497, por la de Eliodoro Yáñez 8907, donde funcionó la revista *Hoy*. Millas fue su editor nacio-

nal y, como siempre, deleitó a sus fieles lectores con la columna Semiserio (ahora sin guión). En ella, todos los miércoles, siempre en la página 14 (con algunas excepciones), junto a los dibujantes Patricio Amengual y Rufino, caricaturizaban la idiosincrasia de los chilenos o algún episodio de la actualidad.

Hoy fue el único medio en que el periodista trabajó durante la década de los ochenta; en sus oficinas recibió un llamado de su colega Jaime Moreno Laval: «¡Hernán, te ganaste el Premio Nacional de Periodismo!»

«No pude creerlo, porque todo estaba en mi contra. Incluso, dictaron un nuevo reglamento para que la rotación del representante regional del Colegio de Periodistas empezara de nuevo, y así a Magallanes le iba a tocar en seis años. Se comenzaba por esa región y como el de ese año era pro demócratacristiano, creían que era voto seguro para mí», recuerda.

Nunca pensó que podía triunfar «por la misma concepción del premio y del jurado. Pero me encontré con rasgos humanos extraordinarios. Por eso le tengo una gran admiración a María Eugenia Oyarzún, porque a pesar de su tendencia política y de la recomendación que le había hecho el rector —militar en ese entonces— de la Universidad de Chile, en donde ella era directora de la carrera de Periodismo, votó por mí», confiesa con cariño Millas.

«Es cierto, el premio me lo debe a mí —dice con una sonrisa María Eugenia—. Aunque tiene méritos propios para ganarlo. Hernán era rápido. Sabía qué palabras utilizar para provocar las risotadas. Además, siempre fue muy docto con el uso del lenguaje».

Coincidentemente, ese mismo año Millas publicó un volumen —*Los se-*

ñores censores— que ironizaba la mordaza forzada por el gobierno militar. Fue la ocasión para terminar el libro que sentían —junto a Filippi— incompleto. «Hernán tuvo la oportunidad de escribir artículos contra la censura y varias acciones que lo reivindicaban», explica Filippi a raíz del error de incluir el Plan Z en *Anatomía de un fracaso*.

DE VUELTA A LA DEMOCRACIA

El nacimiento del diario *La Época*, en 1987, fue toda una epopeya para los opositores al gobierno militar. Y allí estaba de nuevo Hernán Millas junto a su colega y amigo Emilio Filippi, director del matutino. Se unió al equipo, y al retornar la democracia apoyó al candidato de la Concertación, Patricio Aylwin, incluso en su propaganda política.

Paralelamente a su trabajo en *La Época*, volvió a dirigir una revista de humor político, *El Humanoide* (en alusión al mote que les puso a los comunistas el almirante Toribio Merino Castro). La publicación quincenal era de propiedad de Sebastián Piñera, cuya militancia política de derecha no limitaba la línea editorial. «Acá no hay clases sociales, ideología, política, ni nada»¹⁷ señalaría el día del lanzamiento su director de arte, el dibujante Hervi.

Este nuevo intento por hacer humor de la política no tuvo mucho éxito: «El problema de las publicaciones de oposición fue que una vez llegada la democracia, no se adaptaron y como su objetivo de denuncia ya no existía, ellas también desaparecieron», explica Millas.

Entre los artículos más emotivos que publicó en *La Época*, donde seguía con Semiserio y crónicas de actualidad, está el que escribió al morir

su hermano mayor, Orlando. Simplemente lo tituló Así era mi hermano Orlando: «(...)Podíamos tener diferencias políticas, pero nunca dejé de admirar en él esa consecuencia con lo que decía en sus discursos y en sus escritos, ese desprendimiento total por todo lo que pudiese constituir un privilegio. Y para él ya significaba un privilegio el tener algo más que otro ser».¹⁷

La calidad de Millas se siguió premiando. En 1993, debido a su correcto y refinado uso del idioma castellano, la Academia Chilena de la Lengua lo distinguió con el premio Alejandro Silva de la Fuente. Este fue un incentivo para su oficio de escritor; al año siguiente (1994) tuvo una gran cosecha de letras: escribió *Historia de centavos* y *Habrás visto*.

«Millas sabe desacralizar las noticias —dijo la crítica— y ponerlas en una dimensión que muchas veces las muestra como torpezas evitables y corregibles que se eternizan por la soberbia de los déspotas que las cometen. Con ello demuestra que el

periodismo no solo puede sino que debe hacer del cuestionamiento una práctica (...) Pero, cuidado, no es tan fácil como podría parecer. La ironía, la mordacidad, la crítica «simpática» y el comentario jocoso, necesitan de la inteligencia y de la medida para ser eficientes...».¹⁸

Fernando Villegas destaca a Hernán Millas como digno heredero de «la magra colección de narradores y cronistas de fuste del periodismo nacional. Por eso su *Habrás visto* está lleno de todo lo que importa, ilustra y conmueve y falto de todo lo que aburre, fastidia y llena sin saciar». Villegas, quien considera a nuestro país completamente desprovisto del sentido del humor, aclara que éste no es cosa de risa sino de sonrisa. «Es una manera de apreciar las cosas *sub spetiae eternitates* (¿está bien escrito?) en su relatividad esencial, en su intrínseca falta de seriedad, en su condición de juego cósmico de Dios a costillas de nosotros...».¹⁹

En 1996 Hernán publicó *Bernardo Leighton, buen hermano*, biografía del destacado político demo-

cratacristiano, en que resalta su carácter solidario. «Es posible que, en el futuro, Bernardo Leighton Guzmán no sea recordado como vicepresidente de Chile en cuatro oportunidades, ni como ministro de tres gobiernos, o parlamentario en varios periodos y quizás tampoco como uno de los fundadores de la Falange Nacional, sino simplemente como el Hermano Bernardo», dice el autor al comienzo de la publicación.²⁰

Muy prolífico, ese mismo año lanza *Testimonios*, obra en que cuenta sus experiencias de vida y las mezcla con el transcurrir del país, recordando a los personajes que lo han marcado. En la oportunidad declaró a la prensa su convencimiento de que «la palabra consenso ha sido una de las que más ha afectado al periodismo, porque para muchos significa no tocar nada; no pelearse por nada. Y el consenso no es eso, hemos tratado de lograr que Chile termine con el odio... ¡pero un país donde no hay crítica, es un país muerto!».²¹

Los pasajes de la historia son re-creados por su fresca pluma a través

Testimonio de uno de sus pares: Luis Sánchez Latorre

(...) Más que *chroniqueur*, Millas gusta sobremanera de su oficio de reportero. Lo exalta. No pierde ocasión de mostrarse como tal. Se trata de un achaque casi natural de toda una época. El «repórter», que decía Byron Gigoux, era el investigador de la noticia. El reportero la buscaba como aquel músico balcánico buscaba a la novia perdida. No se concebía nada más fáustico que el redondeo bien pulimentado de una noticia. El periodista que galopaba muchas veces sin rumbo, a campo traviesa, en busca de la vagarosa noticia, se creía, obviamente, mil por ciento más periodista que el colega que se pasaba la vida escudriñando en los cajones del escritorio(...)

(...)Hernán Millas Correa va y viene por la historia de los hechos contemporáneos como Pedro por su casa(...) No le pasa nunca lo que le pasaba a Miguel Hernández en su *Elegía a Ramón Sijé*: «Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por dolor me duele hasta el aliento...» (...)lejos de ofrecernos un libro de desgarros, nos ofrece un libro de reparos, en el sentido más útil y alegre de esta última palabra.

Extracto de columna de Filebo, *Las Últimas Noticias*, marzo de 1997.

de anécdotas —la sabrosa *petite histoire*—; estilo que conserva en sus últimos libros: *La familia militar* y *La buena memoria*.

Aparte del valor testimonial, Hernán Poblete Varas destaca que *La buena memoria* «nos trae un soplo de ingenio, un modo de observar la vida de un país y sus personajes que alivia de muchos pesares y no pocas preocupaciones, pues mucho se puede esperar de una comunidad en la que saber reír es parte de las costumbres de los jerarcas y del estado llano...». ²²

Saber reír y hacer reír: atributos de los que Millas derrocha. «El periodista es un ser muy difícil —le dirá a Luis Alberto Ganderats en una entrevista²³—. Admiro a los colegas que tienen un matrimonio estable. Admiro a sus esposas, más bien, porque no hay mujer que aguante a un hombre que no solo llega a su casa con sus propios problemas, sino cargado con los problemas de todo Chile».

EN LA ERA DE INTERNET

Cuando solo faltaba un año para el cambio de milenio, Hernán Millas, el reportero que comenzó escribiendo en una máquina Remington, ya de colección, y que con temor pasó a las eléctricas Olivetti, tuvo que aprender un nuevo lenguaje: el de los *bytes*.

Aunque las computadoras no son nuevas para él, ya que se ha manteni-

do trabajando, debió incluir en su diccionario mental palabras como *banners*, *link*, *linkear*, entre otras. Para adaptarse a los nuevos tiempos y extender sus lectores, potencialmente, a todo el mundo, Millas posee hoy una columna en el sitio chileno de Internet *areanoticias.com*, del que su hijo mayor, Patricio, es socio.

Su estilo permanece intacto. Con su chispa de siempre, en el 2000 trató de suavizar, a través de la catarsis del humor, los malos momentos ocasionados por los temporales de lluvia. En su columna anunciaba las nuevas disposiciones del gobierno tras la reunión de emergencia del gabinete: «(...)El Serviu adoptará para las viviendas sociales el sistema palafito, que tan buenos resultados ha dado en la ciudad de Castro(...) Será reconsiderado el proyecto de un ferrocarril rápido a Melipilla, optando por la vía fluvial sugerida por la naturaleza, y que podría unir Santiago con San Antonio, convirtiendo a Maipú, Malloco, Talagante, El Monte y Melipilla en puertos(...) En las estaciones de metro Bellavista La Florida y Rondizoni se habilitarían Acuarios(...)». ²⁴

Cuando se le preguntó en una entrevista si con sus crónicas intentaba «despabilar a jóvenes desubicados o complacer a nostálgicos mayores», volvió a reírse con jocosidad de nuestros hábitos: «Los primeros no leen, y menos les interesa lo que

hicieron los viejos. Y los adultos mayores, como ahora por razones de marketing se habla de los viejos, no tienen plata para comprar libros. (Debería inventarse que pagasen la mitad de precio, como en los cines). Me deja metido quiénes están adquiriendo el libro. Tal vez una firma de encuestas, que después de las elecciones quedan tan desocupadas como las jugueterías después de Navidad, podría realizar un *exit poll book*, y cargarle la cuenta al Fosis». ²⁵

Es un hecho que la historia de Chile no solo ha pasado por el lado de Hernán Millas, sino que también se ha quedado junto a él, para que gracias a su aguda pluma y asertivo lenguaje, toque temas hilarantes y otros no tanto. Este maestro le dio vuelo a la interpretación de las noticias en una época en que el periodismo se concebía como solo informativo. En un país tan serio y formal como el nuestro, dio vida a un nuevo estilo, «siempre redactar crónicas con una sonrisa». Además de su humor tan particular, le debemos agradecer que a través de sus ojos de reportero, grandes lentes y agudeza que calzan a la perfección con su aire aguileño, nos traiga constantemente a nuestra 'mala memoria', episodios olvidados por muchos y desconocidos por la mayoría.

Por Paula Brevis

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Hernán Millas Correa.

Padres: Columbano Millas, y Laura Correa.

Hermanos: Orlando, Guillermo, Carmen, Renato, José y Dolly.

Fecha de nacimiento: 5 de mayo de 1921.

Estudios: Colegio San José de los Salesianos, en Magallanes; Instituto Nacional y Liceo Balmaceda, Santiago; Universidad de Chile, Leyes (un año).

Matrimonios: Marcia Navarrete, Vilma Johns, Trinidad Melo.

Hijos: Patricio y Marcia Millas Navarrete; Daniela y Cristián Millas Johns; Felipe, Rodrigo y Cristóbal Millas Melo.

Desempeño profesional: Revista *Ercilla*, radio *Cooperativa*, revista *Entretelones*, diario *El Clarín*, revista *Topaze*, radio *Santiago*; revista *Hoy*, diario *La Época*, revista *El Humanoide*, página web *areanoticias.com*.

Publicaciones: *Los señores políticos* (1973); *Anatomía de un fracaso* (1974), en coautoría con Emilio Filippi; *Los señores censores* (1985); *Habrás visto* (1993); *Historias de centavos* (1994); *Bernardo Leighton, buen hermano* (1996); *Testimonios* (1996); *La familia militar* (1999); *La buena memoria* (2000).

Reconocimientos: Primer lugar en el concurso de teatro experimental 1951, por la obra *El invitado que viene de lejos*; Premio Nacional de Periodismo 1985; Premio Alejandro Silva de la Fuente, 1993, de la Academia Chilena de la Lengua.

NOTAS

- 1 *El Mercurio*, 24 de agosto de 1985.
- 2 *La Nación*, 24 de agosto de 1985.
- 3 *Memorias*, Orlando Millas, pág. 67.
- 4 *Ibid*, pág. 69.
- 5 *Testimonios*, Hernán Millas, Editorial EDB, 1996, pág. 8.
- 6 *Memorias*, Orlando Millas,
- 7 *Testimonios*, pág. 12.
- 8 *Ibid*, pág. 18.
- 9 *Ibid*, pág. 16.
- 10 *La Época*, 25 de septiembre de 1993.
- 11 Entrevista Hernán Millas.
- 12 *La Época*, 1 de noviembre 1996.
- 13 *El Mercurio*, domingo 23 de septiembre de 1996.
- 14 *Ercilla*, semana del 26 de diciembre de 1972 al 1 de enero de 1973.
- 15 *Ercilla*, semana del 5 al 11 de septiembre de 1973.
- 16 *Ercilla*, semana del 12 al 16 de septiembre de 1973.
- 17 *La Época*, 19 de octubre de 1989.
- 18 *La Época*, 29 de diciembre de 1991.
- 19 *La Época*, 20 de febrero de 1994.
- 20 *El Diario*, 23 de diciembre de 1993.
- 21 *La Época*, 5 de diciembre de 1996.
- 22 *La Época*, 29 de noviembre de 1996.
- 23 *El Mercurio*, Revista de Libros, 16 de junio del 2000.
- 24 Revista *Ya*, *El Mercurio*, 29 de junio de 1985.
- 25 *Areanoticias.com*, 15 de junio del 2000.
- 26 *Hoy*, 17 de enero de 1994.
- 27 *Las Últimas Noticias*, 17 de marzo de 1997, extractos de la columna de Filebo (Luis Sánchez L.)